

MEJOR REIRSE

Alejandro Aura

Reírse y llorar son entendidos por lo común como actos contrarios de igual naturaleza. Sin embargo aun siendo de la misma naturaleza la acción de la risa siempre me ha parecido distinta a la acción del llanto, por sus consecuencias inmediatas y a largo plazo: la risa deviene en un acto creativo mientras que el llanto es un acto profiláctico que sirve para desintoxicar el cuerpo, para liberarlo de los humores tóxicos que vienen de los efectos químicos que producen los disgustos y la contrariedades, y acaba sus efectos en sí mismo.

Si hacemos caso de antiguas creencias que dan origen al término y que pretenden que los estados anímicos se originan en el efecto que en los individuos producen los jugos interiores, los líquidos del cuerpo: sangre, cólera, flema, melancolía, orina y sudor — aunque a esta definición le falten otras humedades que el pudor del diccionario omite — tenemos que el buen o mal humor, de por sí, no dependen de la voluntad.

Nadie, sin embargo, por lo general, quiere librarse del buen humor y en cambio se entiende como actitud neurótica (o al menos negativa) el deseo de cultivar el mal humor. Nadie que esté en sus cabales dice en serio “voy a ver a la persona que amo con toda mi alma para pelearme con ella, me encanta patear al maldito perro y satisfago un chorro pegándoles a los escuincles, lo que más gusta es estar de malas”.

Risa y llanto tienen un origen común, en efecto, en la generación de los humores, los humores benignos y los malignos, el mal humor y el buen humor; como decir, los sudores del alma, suponiendo que hubiera un estado neutral, anterior a los humores, en el que se estuviera en punto cero en relación con el gusto y el disgusto; al menos en el origen de la palabra se colige esto. Sin embargo, el buen humor nos hace salir hacia el mundo, hacia los demás,

mientras que el mal humor nos hace encerrarnos en nosotros mismos. El buen humor se cumple en la participación con los demás de la capacidad creativa y el mal humor se acaba en la secreción a solas de sus desagradables miasmas.

Por definición el buen humor nos hace personas creativas, deseosas de comunicarnos con los otros y el mal humor nos hace querer estar solos, nos quita las ganas de trabajar, de charlar, de producir y de compartir.

Tanta es la distancia de aprecio social que media entre uno y otro humores que el uso, en nuestros días, hace que la palabra humor denote, por antonomasia, buen humor. Cuando alguien alude a asuntos de humor refiriéndose a sucedidos, espectáculos, anécdotas, situaciones, obras, todos entendemos que se refiere a humor bueno; a nadie se le ocurriría pensar que una película que se diga de humor o humorística narre la vida, plena de malos humores, de una pareja de neuróticos que se la pasan peleando y haciéndose toda clase de maldades y cochinas, a menos que el punto de vista del realizador quiera poner en evidencia lo negativo, la tontería o el desperdicio de vitalidad que esas actitudes implican y lo que tienen de criticable y ejemplar. Y lo haría, buen humor de por medio, para hacernos reír. De otro modo no podría obtener el título de película humorística, lo que no quiere decir que no las haya como la que he descrito que no quieren hacer reír a nadie sino enseñarle a la humanidad el espejo de su alma. Pero en este caso no se habla para nada de humor. Ni siquiera de mal humor.

El buen humor se presenta en forma latente en todos los actos humanos como una manifestación del espíritu; el rango humorístico abarca toda la amplitud del espectro de lo humano, desde el más inocente gesto de ternura hasta la más macabra escena de crimen. De todas las cosas, las situaciones, los seres y todas sus posibles combinaciones, la capacidad humorística puede extraer esa valiosísima joya que es el chiste. No hay nada que pueda ser ajeno al humor igual que nada le es ajeno a la poesía.

Así como la joya de la poesía es el poema, el chiste lo es del buen humor y el llanto lo es del mal humor.

Claro que este esquematismo tiene sus riesgos, pienso en voz alta, porque qué se puede decir del llanto liberador de los momentos de felicidad, individual o colectiva. Aunque me parece que en el enunciado de la pregunta está su contestación: el llanto, en los momentos de felicidad, es liberación de los humores tóxicos (los malos humores) que han quedado hasta el momento del hecho o la noticia que transforma la realidad malhadada previa en una realidad venturosa.

Como en todas las actividades de los humanos, es el talento personal, la visión particular del mundo, el grado de desarrollo intelectual, lo que define las características de tal o cual manifestación del humor. Desde el chiste manido y recurrente de algunos cómicos de la televisión y el espectáculo de cabaret que hacen burla y escarnio de las características raciales — de negros, de judíos, de indios —, sociales — de pelados, de ñeros, de pírurris — o de defectos

personales — de jorobados, de mancos, de enanos, de gangosos — o peor, los socorridos chistes soeces que se basan en el desprecio sexual hacia las mujeres o los homosexuales, hasta el fino humor de las asociaciones lingüísticas, gestuales o plásticas más abstractas que dan cuenta de las inteligencias más dotadas, el humor recorre todos los caminos posibles de la expresión humana.

Pero en las manifestaciones populares es en donde es más frecuente encontramos con el chiste. El chiste (de chistar, hablar en voz baja) tiene oculta la vocación de susurrar defectos, impropiedades, hechos criticables que se cuentan con el objeto de hacer refr al interlocutor, de hacerlo cómplice de una observación irónica, pero en su uso, ese susurro se convierte en potente voz que se vale de otros recursos de la imaginación, la inteligencia y la capacidad creadora para lograr el mismo efecto aunque a voz en cuello.

El humorismo se manifiesta en la conversación, en la representación, en la escritura, en la interpretación musical, en el dibujo, en la pintura, en la reflexión, etc. El humor entendido como la capacidad de enfocar los hechos de una manera festiva que provoque la risa.

Hay personas que tienen mayor inclinación que otras al humorismo igual que a unos les gusta más lo salado y a otros lo dulce; pero hay también algunos a los que el humorismo les parece deleznable y que piensan que el mundo estaría mejor sin él. O en todo caso que exista pero allá, en el mundo de ellos, los chistosos. Todos conocemos y podemos evocar de inmediato en nuestra memoria esos rostros secos, negados a la risa, de hombres y mujeres adustos a toda prueba. En ocasiones, profundas desgracias u hondas reflexiones justifican esta dureza amarga, pero otras veces, ahondando, se encuentra que parece una predilección por lo serio a ultranza y que sus penas o sus reflexiones no son tanto mayores de las del que confiesa que nada más le duele cuando se ríe. Se diría, una vez más, que esa química de que hablábamos antes opera en unos con benevolencia y tolerancia, en otros con sano equilibrio y en otros con encono y saña.

Por lo general son los necios, los fascistas, los acomplejados y quienes se dedican a actividades rituales o litúrgicas los enemigos del humorismo.

Evidentemente no cabe un chiste en medio de una misa, de una batalla o de un informe presidencial. Evidentemente, digo, desde el punto de vista litúrgico, aunque desde el punto de vista creativo no falta el monaguillo que encuentra los componentes del chiste justo en el momento de la eucaristía, el granadero que los halla precisamente en el gesto de dolor de alguien a quien le estalla una granada lacrimógena en el vientre o el licenciado de la oposición que los encuentra en lo hiperbólico o irreal de tal o cual aseveración presidencial.

Una sesión de humor — chistes, caricaturas, representaciones o interpretaciones cómicas — conserva su efecto explosivo durante todo el tiempo que duren vigentes los ingredientes de que se ha valido, de la misma manera que una película, un libro o una obra de teatro tristísimas nos vuelven a hacer llorar una y otra vez mientras estemos dispuestos a asociar sus elementos con los de

nuestra experiencia de la realidad.

Sin embargo, al llorar en el cine, ante la televisión o en el teatro, o en una lectura, sentimos que a ese llanto le pertenecemos sólo de una manera relativa, sólo en la medida en que queramos seguir participando del juego — un llanto de mentiritas, podríamos decir, aunque intervengan lágrimas verdaderas, mocos de veras y auténticos gemidos — y que ese llanto, a fin de cuentas, nos relaja, nos hace bien, nos libera. Sabemos también que no lo podemos compartir, por más que repitamos la anécdota y contemos los pormenores, a menos que seamos unos actores extraordinarios, y en ese caso, el acto se vuelve, en la repetición, un acto creativo de naturaleza artística; no así el humorismo que es exultante, intranquilizador, provocador; que motiva el deseo de comunicarlo y de compartirlo con otros — aun sin ser un buen actor — y al hacerlo, las más de las veces, volvemos a vivir la experiencia grata del primer momento del acto creativo.

Cuántas veces los actores de las carpas o los caricaturistas de los periódicos se han visto perseguidos, golpeados o presos, o castigados de diversas maneras por haber hecho chistes tomando como materia prima a los personajes de la política nacional que huyen del humor como de una enfermedad epidémica porque saben que el chiste provoca esta cadena de repeticiones que es el noticiero más eficaz y contagioso posible, que un buen chiste es infinitamente más demoledor y rápido que un insulto.

Todos los que nos dedicamos o dedicamos parte de nuestro tiempo al humor sabemos, sin embargo, que hay ciertos elementos con los que — en mayor o menor medida, según el medio de divulgación: prensa, televisión, radio, libros, escenario, etc. — no se puede jugar. Ellos son — más o menos —, los héroes de la patria, los símbolos patrios, las principales figuras rituales de la religión católica y la persona del presidente en funciones.

El ser símbolos de la liturgia, religiosa y política, es decir, símbolos del poder, los vuelve intocables. Ni con el pétalo de una carcajada. Y aquí permítaseme decir que me figuro la forma física de la carcajada, por su multiplicidad de pétalos, por su fragancia y por su aprecio social, como una rosa. Y ya que entré al terreno de la metáfora diré que se me figura el chiste como una lagartija de fría sangre tomando el sol de los hechos que arranca a esconderse en cuanto alguien la ve, no sin antes lucir en un arrebatado fulgor su extraña forma y sus vistosos colores.

Pero también, muchos de los que nos dedicamos al humor sabemos que los caminos de la risa son infinitos y que sus modos de presentarse pueden ser tan sutiles y eficaces como nuestra inteligencia lo permita y en esto la inteligencia popular se las lleva todas de calle.